



AMINATAOU EDDAH

Aminatou (Mintu), de 85 años, fue el principal soporte de una protesta muy exitosa llevada a cabo por sus hijas en contra de la ocupación marroquí que duró un año y siete meses. Pero para empezar, la propia historia de Mintu es un ejemplo desgarrador de tantas historias sin contar de saharauis que han sufrido a causa de la ocupación y la separación de sus familias.

Toda su familia huyó a los campos de refugiados

Toda la familia de Mintu huyó a los campamentos de refugiados saharauis tras la invasión marroquí del Sáhara Occidental. Sólo quedaba ella en los territorios ocupados, junto a dos de sus hermanos. Uno de ellos falleció, y Mintu se convirtió en la proveedora principal de los siete niños que había dejado su hermano. No tuvo ningún contacto con su madre y sus otros hermanos hasta el momento que fue posible intercambiar cartas y casetes grabados. Todas estas cartas las escribió el hijo de Mintu, que falleció en 1992. A día de hoy, ha guardado estas cartas para mantener vivo el recuerdo de su hijo.

Su segundo hijo se unió al Frente Polisario en los campos de refugiados

El hecho de no haber tenido la oportunidad de despedirse de su hijo Babi, que se unió al frente Polisario en los campos de refugiados saharauis, afectó a Mintu durante mucho tiempo. La siguiente vez que lo vio estaba dentro de un ataúd, en su entierro, en su ciudad de Bojador.

Era muy común que aquellos que querían unirse al Polisario no informasen a nadie de que se marchaban, ni siquiera a sus familias. Cuando Babi se unió al Polisario en los campos de refugiados eran tiempos en los que el deterioro de derechos humanos fue enorme tanto en el Sáhara Occidental ocupado como en Marruecos bajo el rey marroquí Hassan II.

Babi fue una figura importante en el sistema educativo en los campos de refugiados saharauis. Enseñó a muchas generaciones de niños, y formó a más de cien profesores. Todas las cartas que recibía Mintu de su madre y de sus hermanos desde los campamentos las escribía a mano su hijo. Tristemente, a Babi le diagnosticaron cáncer hematológico. Viajó a España para recibir tratamiento, y su padre y algunos de sus hermanos viajaron desde los territorios ocupados a España para donar sangre. A pesar de ello, falleció al poco tiempo.

Recibir a su hijo mártir en un ataúd

En la cultura saharauí, el ululato es un símbolo de momentos de felicidad, como las bodas. También se usa como expresión poderosa de orgullo y de resistencia. Cuando Mintu vio en el cementerio cómo descendía del coche el ataúd de su hijo, estuvo a punto de ulular en su honor. Para ella, fue un mártir y un héroe que sacrificó su vida por la causa y para educar a varias generaciones en los campos de refugiados. Pero de pronto, Mintu se percató de las docenas de fuerzas de seguridad estacionadas allí para evitar que el entierro de Babi se convirtiera en un símbolo o en el comienzo de una protesta.

Mintu, madre de una de las defensoras de derechos humanos más conocidas del Sáhara Occidental

Mintu es la madre de una destacada activista de los derechos humanos, Sultana Khaya. Sin su madre de 85 años, la protesta de Sultana y de su hermana Luaara jamás podría haberse mantenido en pie durante tanto tiempo. Durante el año y los siete meses que duró la protesta en su casa en la ciudad ocupada de Bojador, Mintu proporcionaba clandestinamente banderas, pósteres, carteles, cámaras y dispositivos electrónicos. La octogenaria sufría violencia física y verbal a diario. Los agentes de seguridad marroquíes le obligaron a mirar a sus hijas mientras las golpeaban, agredían y violaban. Actualmente, ha sido forzada al exilio en otra ciudad, y ha tenido que abandonar la casa donde vivía felizmente con su ahora difunto marido, y donde crecieron todos sus hijos.

El asedio a la casa de Mintu

En noviembre de 2020, las fuerzas de ocupación marroquíes impusieron un arresto domiciliario *de facto* a Sultana Khaya. La ocupación marroquí prohibía a cualquier persona visitar a las hermanas y a su madre anciana. A quienes intentaban traer comida o mostrar solidaridad se les golpeaba y se les hacía dar media vuelta. Cualquier persona que mostrara solidaridad hacia las tres activistas recibía un castigo económico, como el recorte salarial.

Durante este largo arresto domiciliario, las fuerzas de seguridad de la ocupación allanaron la casa, destruyeron y robaron todas las pertenencias de la familia y rociaron la vivienda con una sustancia tóxica y pestilente que la dejó inhabitable. También envenenaron el depósito de agua. Cortaron la electricidad y robaron un total de treinta y cinco teléfonos móviles. Decenas de agentes permanecieron estacionados a la puerta.

Las dos hermanas desafiaron el arresto domiciliario y el aislamiento organizando una protesta diaria en la azotea de su casa, ondeando banderas saharauis, dando discursos políticos y colgando carteles con eslóganes e imágenes de presos políticos. Las hijas grababan su protesta y la emitían en directo por redes sociales desde la azotea.

Al leer esto, quizás te estés preguntando cómo lograron seguir levantando banderas saharauis durante un período de un año y siete meses. Cómo seguían grabando y compartiendo su protesta en directo en redes sociales. ¿Cómo conseguían comida y agua?

Mantener viva la protesta: distribución clandestina de móviles y banderas

Cada día, Mintu fingía llevar sobras de comida al vecino para sus ovejas. Los saharauis normalmente alimentan a sus ovejas y cabras con los restos de comida. Pero además, Mintu llevaba móviles y cargadores portátiles para

cargarlos en casa del vecino. Al estar envenenado el depósito de agua, tenía que llevar agua a diario desde la casa del vecino su propia casa. A veces solo llevaba un dispensador de agua de 5 litros. En otras ocasiones, con ayuda de los vecinos, traía un barril de 20 litros. En el fondo del barril, otros activistas como su nieto habían envuelto en plástico y escondido carteles y pósteres.

Mintu, durante todo ese tiempo, llevaba los móviles a los vecinos de noche, y los traía de vuelta por la mañana para que sus hijas pudieran usarlos. Las fuerzas de seguridad forzaron la entrada de su casa varias veces en mitad de la noche, y lo robaban todo. Robaban cualquier cosa, pero en especial móviles, cargadores portátiles, linternas y altavoces. Mintu se las ingeniaba para traer nuevos aparatos a casa clandestinamente.

La tortura física y psicológica

En el transcurso del asedio, las fuerzas de seguridad redaron la casa de Mintu varias veces en mitad de la noche. Las fuerzas de seguridad esposaban a las tres mujeres. Vendaban los ojos de las hermanas, y obligaban a la madre a mirar cómo violaban a sus hijas delante de ella. Presenció las fuerzas de seguridad penetrarlas con los dedos, zapatos, bridas y escobas. La madre anciana gritaba con impotencia que pararan.

Casa de Mintu: un espacio abierto para activistas y sus actividades

Durante manifestaciones pacíficas, los activistas perseguidos por la policía buscaban en las calles refugio dentro de cualquier casa. La mayoría de la gente cerraba las puertas por miedo a las repercusiones de ayudar a activistas delante de la policía. Mintu abría la puerta de su casa y permanecía frente a ella, dejando entrar a activistas en busca de un sitio seguro.

La casa abandonada y una vida en exilio: un símbolo de resistencia



A los 85 años, Mintu fue obligada a trasladarse de su ciudad, Bojador, a la capital del Sáhara Occidental. De tener una casa de tres plantas, pasó a tener que alquilar una de un colono marroquí. Su casa en Bojador ya no es habitable. Las paredes la fachada fueron destrozadas por un camión que trajeron las fuerzas de seguridad. La casa, como resultado de rociar tóxicos constantemente, apesta. Todo se debe renovar y cambiar, incluido el depósito de agua envenenado. La familia ha solicitado permiso para renovar la casa, pero ha sido denegado.

Mintu ha sufrido alta tensión arterial debido al estrés constante y las noches en vela durante el arresto domiciliario. Actualmente, sufre de varios problemas de salud, y ha desarrollado fobia al sonido de coches de policía.

La valentía de Mintu, la generosidad de ofrecer su casa para la causa saharauí y su apoyo constante a sus hijas activistas no solo denotan a una madre comprensiva. Muestran además que el activismo no sabe de edad, y que no necesitas poseer tanques militares para tener al enemigo despierto por la noche. Solo necesitas una anciana valiente y tenaz dispuesta a darlo todo por su causa.